

# LA MARCA BAJOS DE MENA

El año pasado, Melyna Montes y Alejandra Mustakis comenzaron una amistad que ayudó a formar una empresa social de cooperativas entre los vecinos y artistas de este sector de Puente Alto. Esta es la historia de cómo dos mujeres de diferentes mundos sociales buscan posicionarse a un grupo de tejedoras y grafiteros para que sus trabajos sean vendidos en empresas y *retail*. Y como buscan cambiar sus destinos. **POR MATÍAS SÁNCHEZ JIMÉNEZ**

**Lo primero que vio** Melyna Montes al abrir la puerta fueron las paredes sin pintar y el piso aún con el material en bruto. Eso fue hace veinticinco años y aún tiene grabada esa imagen en la mente: la del departamento que se tomó en Bajos de Mena, cuando tenía 22 años. Llevaba cerca de un año durmiendo en la calle, junto a su hijo recién nacido y su hija de cuatro años.

—Era lo más bello que había tenido en mi vida. Para mí fue un sueño poder dormir bajo un techo, tener una puerta que me protegiera y no pasar frío —recuerda hoy.

En Bajos de Mena, al surponiente de Puente Alto, la mayoría de las construcciones corresponden a viviendas sociales, en las que habitan cerca de 160 mil personas, en un espacio de tres kilómetros a la redonda. Ahí, durante los años 90, se instalaron las casas Copeva junto con algunos bloques de edificios a su alrededor. En un principio, los hogares se hicieron conocidos porque se filtraban las lluvias en invierno y, posteriormente, por las familias que se tomaron ilegalmente esos departamentos.

En esa época, Melyna Montes llegó a vivir a Bajos de Mena. Confiesa que después de la separación del padre de su tercer hijo y la muerte de su hermano, conoció la realidad de vivir en un sector vulnerable.

—Me quedé sola y me metí en las drogas lo que atrae la violencia y las pandillas. Asalté a personas, hice un montón de cosas malas de las que no estoy orgullosa, pero sí me enseñaron y encajaron.

Al teléfono, Melyna Montes advierte que no tiene buena memoria. Gran parte la perdió por las drogas. Sin embargo, hay otros pasajes de su vida que no olvida.

Por ejemplo, que nació y creció en Parral, en la región del Maule. Vivía con su madre y se mudó a Santiago tras conseguir un trabajo como asesora del hogar a tiempo completo. Sin embargo, a pesar de que sabían que iba con su hija, la dueña de casa no la contrató porque la niña “podía generar algún problema en la casa”, asegura Melyna Montes y agrega que “en ese tiempo no tenía tanta personalidad, no le dije que no tenía plata para devolverme a Parral”, dice. Era la primera vez que viajaba a la ciudad y tuvo que dormir en la calle.

—Fueron las noches más terroríficas de mi vida. Tenía miedo de quedarme dormida y al despertar, que no estuviese mi hija, que me la robaran. También me di cuenta que estaba embarazada.

Luego de dormir varios meses en la calle, Melyna cuenta que se mudó a los edificios de Bajos de Mena junto a sus hijos, los mismos que la ayudaron a dejar el consumo y la delincuencia. “Uno arrastra a los niños a esas situaciones. No quería pasar por lo que vivían mis compañeros o vecinos, no quería ir a ver a mis hijos a la cárcel o tener que llevarles flores al cementerio”.

Después de rehabilitarse por cuenta propia, Melyna Montes salía a trabajar a las 5 de la mañana y regresaba cerca de la medianoche. Vendía en la calle, se las rebuscaba para darles de comer a sus hijos. Recuerda que no alcanzaba a compartir con ellos, pero encontró una forma de comunicarse.

—Me pintaba los labios y le daba un beso a cada uno cuando volvía. Así, al despertar, ellos sabían que su mamá sí había llegado. Yo entiendo lo que es dejar a tus hijos solos para salir a buscar el sustento.

Por sus hijos también logró conectarse con los vecinos de Bajos de Mena. “Ellos los cuidaban, se preocupaban cuando temblaba, si alguien les tocaba la puerta o de que no estuvieran hasta tarde en la calle. Siento un compromiso hacia ellos. Por eso, en las fiestas como el 18 de septiembre o Navidad, armaba comidas para las veinticuatro familias del block”.

Actualmente, Melyna Montes tiene 47 años, es comunicadora social y después de conocer la delincuencia y las drogas cambió radicalmente el rumbo de su camino y se convirtió en una líder vecinal. El año pasado, en medio de la pandemia, organizó 30 ollas comunes y entregó más de 5.200 almuerzos diarios. También fue elegida como una de las 100 Mujeres Líderes 2020 e invitada por la ONU a dar una charla sobre su historia y trabajo en el sector, donde lleva más de 25 años viviendo y del que asegura que no se mudará hasta el día de su muerte.

—Nunca me voy a ir porque aquí están las personas que me ayudaron a ser la mujer que soy actualmente. Cuando llegué



“Ya existe un estigma sobre la gente que raya en la calle, pero si eres de Bajos de Mena es peor. Este proyecto es una oportunidad para demostrar lo contrario”, dice Ivo Morales, grafitero. En la foto junto a la tejedora Sara Soto.

fueron mis vecinos los que me apoyaron y tengo que devolverles la mano. En el último tiempo conocí otra realidad de ellos, una que debemos potenciar: Crear comunidades entre los vecinos, personas talentosas que puedan desarrollar su trabajo —explica.

Esa realidad, Melyna Montes se la traspasó a Alejandra Mustakis —44 años, diseñadora y ex presidenta de la Asociación de emprendedores de Chile (Asech)—, con la que tiene una amistad desde hace un tiempo.

Por su apoyo a la comunidad de Bajos de Mena, Melyna Montes comenzó a aparecer en diversos medios de comunicación. Así, el año pasado, conoció a Alejandra Mustakis, en un programa de televisión donde ambas estaban invitadas para hablar sobre el estallido social. Melyna confiesa que no sabía quién era ella ni qué era la Asech.

Hoy, ambas están próximas a estrenar un proyecto que tiene como objetivo generar diseño y arte urbano con sentido, productos creados con las manos de artistas de Bajos de Mena y que se venderán en grandes tiendas.

—Es necesario contar que somos más luz que sombra. En Bajos de Mena somos más que delincuencia —enfatisa Montes.

Alejandra Mustakis reconoce que, hasta ese momento, no conocía a personas que vivieran en Bajos de Mena. Por su trabajo con emprendedores sí había compartido con habitantes de Puente Alto, pero nunca de ese sector. “Había escuchado que era un espacio difícil, conflictivo, un ejemplo de cuando alguien quería mostrar la desigualdad en Chile”.

Cuando Melyna le describió a Alejandra Mustakis cómo era su barrio, dice que lo hizo “desde el útero”. Bajos de Mena siempre es noticia por balas locas, narcotráfico, calles con basura o por sus edificios mal hechos. Pero nosotros somos más que eso, aquí hay gente muy trabajadora y con mucho talento. No tenemos las mismas oportunidades que en otros lados. Cargamos con el estigma de delincuencia”.

Tras conocerse en el programa de televisión, las dos mujeres comenzaron a comunicarse con más frecuencia. Ambas reconocen que fortalecieron su amistad cuando hicieron una feria de emprendedores en el sector. Allí, Alejandra Mustakis cuenta que sintió algo especial con el trabajo de la gente de Bajos de Mena. “Fue como una conexión, volver a ver lo importante y digno que es para las personas poder mostrar su talento, de lo que son capaces de hacer y que se les valore por eso”.

Con la llegada de la pandemia, ambas se volvieron a reunir. Esta vez para ayudar con canastas familiares a los afectados en el sector. “No porque ella tenga plata me sentía con el derecho de pedirle cosas. Para mí es una amistad y cariño diferente, que ella misma me demostró. Esta no es la historia de la niña rica con la amiga pobre”, aclara Montes.

—En Bajos de Mena nos sentimos en un zoológico porque, políticos y gente con dinero, vienen a ver a estas personas que viven en estos departamentos pequeños. Vienen, pero no causan gran impacto ni cambios en nuestra sociedad. Alejandra no solo vino a dejar cajas, le quedó dando vuelta la idea de que algo había que hacer, lo tomó como una responsabilidad. Ella creyó en nosotros, en el talento que le contamos que había en el sector —agrega.

Luego esa idea se concretó. Melyna Montes creó “Sueños de Bajos de Mena”, una comunidad cooperativa entre los vecinos y artistas del sector, como grafiteros y tejedoras. Esos nexos se

unen con UNO KO, empresa social de Alejandra Mustakis que cuenta con las herramientas para potenciarlos y posicionarlos en el mercado.

—Si es difícil emprender con oportunidades, es peor cuando no las tienes y tampoco cuentas con redes suficientes ni capital. El talento está en todo Chile, pero las oportunidades no son repartidas homogéneamente. Sin oportunidades, el talento se pierde o muere —explica Mustakis.



Un grupo de tejedoras fue el primero que comenzó a potenciarse en UNO KO. Sara Soto, de 63 años, es una de ellas. Vive hace más de 10 años en Bajos de Mena junto a su hija con una discapacidad. Después del estallido social, Sara quedó sin un lugar donde vender sus productos tejidos a croché, pero después de formar parte del proyecto, asegura que “estoy viviendo un sueño que nunca imaginé. Tejer me relaja, me hace bien, me alegra. Ya no siento penas ni angustias, siento mucha felicidad por todo lo que se viene”.

Posteriormente, grafiteros del sector se sumaron a la iniciativa. Ivo Morales, de 25 años, es parte de ese grupo. Desde que salió del colegio trabajaba como administrativo en la CMPC pero, hace unos meses, renunció para enfocarse en sus estudios de Artes Plásticas en la Universidad de Chile y explotar más su talento.

Ivo cuenta que comenzó en el grafiti como un acto de rebeldía contra la autoridad, pero hoy está enfocado en usarlo como una herramienta de diálogo y en la naturaleza. “Ya existe un estigma sobre la gente que raya en la calle, pero si eres de Bajos de Mena es peor. Se te cierran puertas o piensan que somos unos animalitos sin estudios ni buena formación, solo por vivir en un sector así. Este proyecto es una oportunidad para demostrar lo contrario”.

Con la dirección de Macarena Cortés, diseñadora y parte del proyecto, Sara e Ivo —junto a sus grupos de tejedoras y grafiteros—, crearon productos como lámparas y alfombras tejidas; junto con poleras, pañuelos, individuales y loza con el diseño de los dibujos, trabajos que han sido vendidos a diversas empresas y próximamente estarán en el retail, como Walmart y Falabella, y a través directamente de la página web de la empresa.

“Nunca me proyecté de esa manera, confiaba en que la constancia me iba a premiar, pero nunca tan pronto. Aún no logro visualizar cuando entre a un pasillo del supermercado y vea mi trabajo”, comenta Ivo Morales. “Me siento importante, reconocida. Siempre he estado bajo la alfombra, en las sombras, preocupada de mi hija. Ahora me valoro, me siento como una mujer de 50 años”, agrega Sara Soto.

El modelo de negocios de UNO KO, Alejandra Mustakis lo describe como “innovador y participativo, ya que todos son socios o forman parte de él”. De las ventas, el 80 por ciento es para “Sueños de Bajos de Mena”, con lo que pagan el trabajo y materiales de los artistas, junto con las otras personas que están detrás de la creación de los productos. Además, se reparte entre la comunidad, financiando mejoras en el entorno de Bajos de Mena.

—Este modelo se puede replicar en otros sectores del país que necesiten este espacio y herramientas. Nuestro sueño es competir con el mundo entero, demostrar que en Chile sí hay talento —agrega Alejandra Mustakis.

Melyna Montes también aspira a que Bajos de Mena sea un ejemplo para otros sectores vulnerables. “Me faltan palabras para explicar la emoción que siento, estoy impresionada de lo que hemos logrado”. Además, reconoce que su lucha por concretar este proyecto es un regalo para sus hijos.

—No tengo casas ni parcelas. Pero sí tengo a Bajos de Mena, es lo único que puedo heredarles. Y quiero dejarles un barrio más limpio y amable. Quiero dejarles una comunidad. S

“Esta no es la historia de la niña rica con la amiga pobre”, dice Melyna Montes.



Entre los artistas del proyecto hay un grupo de mujeres tejedoras.



Poleras, pañuelos, individuales y loza con diseños de artistas de Bajos de Mena han sido vendidos a diversas empresas.